

ISAACSON, JOSE. *La Argentina como pensamiento*. Buenos Aires, Marymar, 1983. 103 p.

*La Argentina como pensamiento* no constituye una obra para suscitar adhesiones o rechazos tibios, ya que su contenido es de fuerte tono polémico por principio y por consecuencia. Esta rotunda aseveración exige, sin duda, ser elucidada.

Ante todo es preciso decir —José Isaacson lo hace de manera explícita— que el fuerte tono polémico obedece a razones mucho más profundas que al enfrentamiento con las ideas de un libro: “no es éste un libro escrito contra otro libro”. De hecho el enfrentamiento se da; pero restringir el alcance de la exposición de Isaacson a tal enfrentamiento supondría quedarse en lo periférico o adoptar una actitud simplista.

Lo que el autor pone en evidencia es la grave necesidad —necesidad que arraiga en nuestra misma situación histórica— de pensar el país a partir del país real. Ello implica el constante ejercicio crítico de la razón para detectar, ordenar y esclarecer, sobre bases ciertas, los problemas que socavan la vida argentina.

Es, pues, desde la reflexión crítica y contra toda “acentuada emocionalidad” interpretativa, más que contra las ideas expuestas por Víctor Massuh en *La Argentina como sentimiento* (1), que Isaacson levanta su batalladora palabra. Y lo hace sin subterfugios ideológicos o gambetas retóricas, lejos de limitados academicismos y con el humor justo para destacar, sonrisa de por medio, que las meras formalizaciones de la realidad —cualquiera sea su estirpe— son inoperantes frente a los males que nos aquejan. “Amar al país significa denunciar los factores que lo inmovilizan”; pero la denuncia sólo resultará efectiva cuando se expongan, de manera coherente y fundada, las causas reales de nuestros déficit. No hacerlo es continuar dentro de un nominalismo pernicioso o al menos, según lo afirmado, inoperante. Dicho nominalismo, que se patentiza a través del empleo de una palabra sin verdadero peso ontológico, se ejerce de distintos modos y desde variadas perspectivas. Temores, demagogia, ideologías, dogmatismos, enajenan la comprensión de los problemas e impiden ver que los *males* del país hunden sus raíces en “condiciones socioeconómicas, políticas y culturales bien definidas”.

---

(1) Víctor Massuh. *La Argentina como sentimiento*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1982. 162p.

El análisis de la obra de Massuh le permite a José Isaacson retomar conceptos vastamente desarrollados en sus libros anteriores. Así los de *personalismo* y *persona*, tan importantes para configurar la idea de una cultura integrada como para establecer que sólo la auténtica participación política —la del hombre que “asume el proyecto de la persona”— hará posible la existencia de un país con real sentido histórico. Desde este punto de vista el autor subraya el primerísimo rango de la tarea que les cabe a los intelectuales como partícipes y hacedores de nuestra cultura: ellos son los encargados de educar, en el alcance más pleno del término; porque una educación eficaz y decididamente argentina no puede lograrse sin el lúcido cuestionamiento de los problemas que existen. El hecho de que los intelectuales no sean “*todavía* los educadores del país” —aclara Isaacson— obedece a una imagen distorsionada de la educación y del país mismo. La desconfianza que genera el uso reflexivo de la inteligencia es firme obstáculo para que los intelectuales participen activamente de la tarea de educar. Esto no constituye un fenómeno aleatorio en nuestra vida cultural, sino que es un claro indicio de que el estado de subdesarrollo tiene mucho que ver con una política menoscabante de la educación. “Quienes pretenden el retroceso o, lo que es igual, el inmovilismo, jamás permitirán que los intelectuales ejerzan verdadera influencia sobre la educación del país”. El alcance de este aserto, junto al de otros no menos polémicos, está definido por una coherente intencionalidad: la que aspira a mostrar que toda crítica o adhesión al país valen en tanto y en cuanto el sentimiento de patria no esté divorciado del pensamiento sobre la patria. El amor al país debe crecer desde —o fructificar a partir de— una asunción reflexiva de lo propio. Ella vigorizará las endebles estructuras educativas y dará impulso a nuevas formas sociales, impidiendo que el populismo anule el desarrollo personal del hombre. Porque, en última instancia, “el bien común sólo es posible en la medida en que *cada uno* de los argentinos se sienta protagonista de la sociedad que integra, un protagonista *personal* que, superando los esquemas del individualismo burgués, sepa que la persona es en la medida en que es con el otro”.

Querer y pensar deben fundirse para el logro de una enriquecedora identidad argentina capaz de resistir los embates de la masificación o del individualismo a ultranza, del planteamiento disgregador o equívocamente unilateralizado, de la corrupción política. Una penetrante conciencia de los aspectos que hacen a nuestro

existir como país es en Isaacson —como lo es en Ricardo Rojas, en Ezequiel Martínez Estrada y en otros pensadores de este problemático tiempo contemporáneo— un imperativo que debe conquistarse a través del conocimiento y análisis de la realidad y de sus causas. Pensar lo nuestro, por encima de las dificultades que ello implique y “aun a riesgo de desesperar”, es requisito forzoso para hacer frente a los irracionalismos que nos destruyen. Uno de tales irracionalismos, y no el que menor mal nos causa, es el que consiste en apelar a la “desmesura del sentimiento” como única respuesta para justificar lo que somos o el lugar que ocupamos. De ahí la terminante postura de Isaacson y su convicción de que la Argentina debe ser asumida desde una actitud integradora en la que confluyan emotividad y razón. La dialéctica de la historia exige esa confluencia; nuestro país la necesita.

*Teresita Saguí*